

de cuerpo, bajos de estatura, siniestros de mirar; con las manos semejantes á deformes arañas y los ojos diminutos y brillantes, parecían á los pueblos, aterrados por sus invasiones, monstruos sobrenaturales mas que seres humanos, hijos del ayuntamiento de los diablos con las brujas. Piel de cabra los calzaban; pieles de rata los vestían; carne cruda los alimentaba; el pequeño y deforme caballo, sobre el cual vivían, formaba parte de su cuerpo; el lazo era la principal de sus armas y el grito agudo, semejante al graznar de los cuervos ó al aullar de las fieras, la expresión de sus instintos. Y uno de esos hombres, que vienen á la vida con las vocaciones del mando y del imperio, los sujeta, los disciplina; y ya sujetos y ya disciplinados, como si fueran una grande y móvil nación, los mueve y los arrastra hácia Roma. Este hombre se llama Atila, palabra que suscita aun el horror de los europeos, cuando hace quince siglos que atravesó por Europa. Atila no conoce su propia patria, y por ende no respetará la patria de los demás. En carro de guerra lo han engendrado y en carro de guerra lo han parido, cual, si en vez de ser, como todos los humanos, hijo del amor, fuera hijo del odio. Antes que la luz del día, hirió sus pupilas deformes la siniestra luz de los incendios. De niño hacia rodar, en vez de juguetes, las cabezas de los enemigos de su gente. Era tan corto de estatura que parecía un enano en cuento fantástico; y tan largo de ira que su aliento parecía la respiración de la muerte. Los apetitos, que le movían y las concupiscencias que le atenaceaban, diéronle un ejército de mujeres y una nación de hijos. Ni conocía ningún culto, ni necesitaba de mas creencia que una magia, propia para procurarle infames sortilegios. Así ha talado la Germania, ha encendido la Mesia, ha puesto en el tormento á Sirmun, ha destruido á Tesalia, ha desarraigado del suelo á Betsaria, ha roto y sepultado dos ejércitos romanos, ha perseguido y cazado cien naciones desoladas, ha hecho desaparecer las Galias bajo las plantas de sus tribus en armas, y ha consumido casi en su odio inextinguible y en su furor vertiginoso á toda la tierra. ¿Qué hubiera sido del mundo sin la presencia en Roma del papa Leon el Grande? Aquilea, Pavía, Milan y otras ciudades caen á los filos de la segur de Atila. Y Roma le llama con su prestigio y le aterra al mismo tiempo; porque al poco espacio de haberla saqueado murió su primer debelador, Alarico. Y á pesar de estos encontrados sentimientos, anda como si

lo moviera el genio de la destrucción y siembra no mas que con su sombra la muerte. El terror se apodera de todos los ánimos; y el papa, seguro de su autoridad, sale, llega á las orillas del Mincio y preserva á la Ciudad Eterna de esta nueva catástrofe. Los contemporáneos creyeron ver la espada de los apóstoles flameando en los aires, y lo que en realidad brillaba era la autoridad moral de los papas erigida para educación de la humanidad y para bien de las naciones en el opreso y debelado Occidente.

Conviene concretar las ideas históricas del tiempo, de los siglos quinto y sexto, para conocer los factores componentes de la institución primordial por excelencia, para conocer los elementos del Pontificado. El Papa ha heredado en Roma la autoridad de los Césares, y la ha ascendido de material y coercitiva que era por necesidad á religiosa y moral. Para fundar tamaño poder ha necesitado del prestigio unido al prestigioso nombre de Roma; para extenderlo y organizarlo ha necesitado distinguirlo del poder imperial y del poder patriarcal de Constantinopla, la capital de Oriente; para hacerlo prevalecer definitivamente ha necesitado de la mayor revolución conocida en los siglos, de la venida de los bárbaros. Mas no estaba todavía terminado su ministerio histórico en estas luchas tremendas; necesitaba otras no menos conducentes á su elevación y á su grandeza. Para conocerlas se requiere estudiarlas en la Italia de aquel tiempo. Había dos naciones en realidad, una bárbara, herética, monárquica al Norte, y otra culta, católica, republicana al Mediodía. La primera se personificaba en los reyes godos y ostrogodos, que recogieran el poder material de los Césares y fundaran un reino con Rávena por capital; la segunda se personificaba en los papas de Roma que evocaran la sombra de los tribunos é hicieran una Italia democrática federal, progresiva. Vencido ya el imperio bizantino por medio de Odoacro, y fundada ya la autoridad pontificia por medio de Félix III, necesitábase á toda costa separar Roma de Rávena, la república de la monarquía, los papas de los reyes, el catolicismo de los herejes. Teodorico, el gran emperador de los godos, conoce cuán enemigos le son los sentimientos de la Roma pontificia y encierra al papa en un calabozo como pudiera haberlo hecho cualquiera de los Césares perseguidores, cualquiera de aquellos antecristos que bajaban como chacales á las Catacumbas y subían las víctimas al circo para devorarlas ante un pueblo

ebrio é insensato. Mas como Roma representa las ideas y las ideas no se combaten con la fuerza, el terror material se embota en el pecho sacratísimo de los Papas, de los dueños espirituales del mundo. Indudablemente, en medio de la barbarie universal debia predominar la hábil política eclesiástica, que conociendo las fuerzas contrarias de sus enemigos, empleábalas unas contra otras, segun el curso de los tiempos y el poder de las circunstancias. Valióse de los godos contra Constantinopla y de Constantinopla contra los godos. Cuando temia al emperador de Oriente mas que al rey de Rávena, entregaba adrede á este su tutela; y cuando temia al rey de Rávena mucho mas que al emperador de Constantinopla, llamaba las huestes orientales á los campos italianos y vencía á los invencibles godos. Estos bárbaros, tan poderosos; dueños, á la sazón, de España y de una parte del Africa; debeladores de la Ciudad Eterna en la persona de su gran jefe Alarico; extendidos por las regiones del Norte de Italia, donde fundaron aquel grande Imperio, que parecia una nueva Roma simbolizada en Teodorico, gran general y gran legislador; estos bárbaros, decia, no detenidos por los legionarios que dejara en las orillas del Danubio la prevision del gran Trajano y no contrastados por los griegos de la Tesalia y de la Macedonia; rodaron, cayeron, como pueblos diezmados por la peste, al filo de espadas invisibles, al embate de ángeles exterminadores, al soplo letal de ideas vencedoras; por haberse irreverentemente opuesto á la autoridad de los Pontífices, á la República católica representada por estos, á la nueva Italia federal surgida del caos de las invasiones, á todo lo que sostenia y á todo lo que personificaba el Pontificado, cuya autoridad en el siglo sexto, despues de haber desarmado mucho antes á Alarico y de haber detenido al insaciable Atila, destruye á los godos, y se levanta así vencedora de Constantinopla y vencedora de Rávena, sobre el Patriarcado y sobre el Imperio, sobre el herético arrianismo, sobre el reino gótico, sobre todos sus enemigos, á las puertas de la Edad Media, representando á un tiempo la autoridad capaz de unificar tantas razas dispersas y la libertad necesaria para la germinacion de una nueva Europa en aquellos tristes y perturbados tiempos.

Las causas generales de esta supremacía del Papa se encuentran en la superioridad de sus ideas; las causas ocasionales en la victoria del general

bizantino Narsés, enviado de Constantinopla por los emperadores de Oriente á combatir al reino godo, para que el reino godo no eclipse al Papa romano. Mas, vencedor Narsés, constituye una suerte de Italia monárquica al Norte, tan contraria de la Roma pontificia como la misma Italia de los godos. Quéjase los romanos al Emperador de que su general sustituye una tiranía con otra tiranía; y quéjase el general de la ingratitud de los romanos, que le deben su manumision de los godos, y olvidadizos é inconstantes le desobedecen y le denuestan. El Emperador de Constantinopla oye la voz del Papa de Roma, y teme al eunuco Narsés, su hechura, su general, su cortesano, su siervo, creyéndole capaz de tomar el puesto eminente de los Teodoricos y de los Odoacros. Y por tanto piensa llamarlo á Constantinopla. Y la Emperatriz Sofía dice estas terribles palabras: «Ya es hora que lo mandemos al serrallo á hilar y á tejer con las mujeres.» Y herido el eunuco de esta ofensa inconsiderada á su desgracia, exclama: «Yo tejeré una tela de la cual no puedas volver á desceñirte.» Y en efecto, llama con cruel llamamiento los longobardos á Italia, estas tribus invasoras, que han ido pisando los talones de las otras bárbaras tribus, y que han acampado en Austria y en Hungría, dejando sus viejos dioses por el arrianismo nuevo, y pareciéndose en todo á los godos, á quienes vienen á sustituir en el ministerio histórico de levantar una Italia monárquica y herética frente á frente de la Italia republicana y pontificia. Los godos, poco numerosos, movíanse como un ejército; los longobardos, numerosísimos, movíanse como una verdadera nacion: los godos, descargados de gentes, avanzaban con la rapidez de los huracanes; los longobardos, conduciendo en sus carretas familias y ajuares, extendíanse y solidificábanse con la lentitud de las lavas: los godos dejaban de sus correrías ligerísimas huellas, como las aves en el aire, y los longobardos, donde quiera que iban, conquistaban é imperaban: los godos evitaban las ciudades fuertes y los longobardos las buscaban; los godos respetaban las leyes romanas y los longobardos las destruían; los godos toman la antigua Rávena, la última ciudad de los Césares, donde, en la tumba de Teodorico, se encierra el cadáver de su propio poder, y los longobardos, al lado de cada ciudad pontificia, erigen una ciudad bárbara, que la contraste; y en el punto mas estratégico de la Italia del Norte, en Pavía, fundan la capitalidad de su reino. En esta desolacion, la causa de la cul-

tura humana, la causa del progreso universal, la causa de las democracias liberales, la causa de las Repúblicas italianas, se verá representada por el Papa. La ciudad lombarda, Pavía, con sus generales bárbaros y con sus caballeros aristocráticos, será la ciudad de la guerra, la ciudad de la conquista, la ciudad de la monarquía, la ciudad del arrianismo, mientras Roma será la ciudad del derecho, la ciudad del Senado, la ciudad de las libertades municipales, la ciudad de los elementos democráticos, la ciudad representada por los Papas. Y como de la invasion goda y ostrogoda, vándala, sueva, alana, mongólica, han nacido las naciones modernas, Italia, España, Francia, Inglaterra, separadas ya de los romanos, de esta invasion longobarda surgirán avivadas al calor del incendio y regadas con sangre las repúblicas italianas. Animáronse entonces por los escollos del Adriático, Venecia y Padua destinadas á dominar los mares; Génova por los Alpes ligúricos destinada á fundar la civilizacion occidental en Italia; por el mar Tirreno, Sorrento y Nápoles, Amalfi y Salerno, ciudades maravillosas, erigidas, como faros del nuevo espíritu, llenas de inspiraciones, colmenas del trabajo, escuelas de la ciencia, academias del arte, factorías del comercio, cuyos servicios á la humanidad no podrán jamás retribuirse cual merecen, ni siquiera con el perdurable agradecimiento de la historia. Y todas estas ciudades, opuestas por su propia naturaleza y por su ministerio histórico al reino longobardo, veránse defendidas y amparadas por el Papa, el cual así como habia opuesto los godos á los bizantinos y los bizantinos á los godos, opondrá ahora, en esta nueva crisis, los francos á los longobardos y sacará vencedora de este nuevo trance á la civilizacion universal.

Cada una de estas grandes invasiones bárbaras tiene un historiador; la gótica Jornandez, la longobarda Pablo el Diácono y Gregorio Magno. Apeñan y horrorizan las descripciones que en ellos encontramos de estos tiempos; las ciudades despobladas, los campos yermos, las fortalezas derruidas, las iglesias abrasadas, los monasterios violados, por tal manera y en tal extremo, que la tierra de los monumentos y de las estatuas, de los intercolumnios y de los templos, se asemeja en su desolacion tristemente á una madriguera de feroces alimañas salvajes. La situacion de Italia es la siguiente: á un extremo Pavía, residencia del rey jefe de los longobardos, y á otro extremo Rávena, residencia del exarca dependiente de Constantinopla; por las costas, desde

Venecia á Niza, por las islas, desde Sicilia á Cerdeña, las ciudades libres; y en Roma el Papa, enemigo de la unidad monárquica y jefe natural de la federacion republicana. Para contrastar á su contrario, es decir, á la monarquía herética, y al bárbaro longobardo, el Pontífice buscará dos elementos; el oro de los bizantinos y la sangre de los francos. Pelagio II se dirige al obispo de Auxerre, y presentándole en animada descripcion la raza lombarda como una raza maldita, le mueve á que conjure á los francos, y los levante á la guerra contra la abominable y abominada Pavía. Y San Gregorio predica la cruzada anti-lombarda como debia predicar mas tarde San Bernardo la cruzada anti-mahometana. Entre el reino unitario de las regiones del Norte y la federacion democrática de las regiones del Mediodía ni cabe ni cabrá ningun género de alianza. En vano los reyes longobardos por razones de familia, abrazarán el Catolicismo; tal proceder aumenta su debilidad propia y la enemiga de sus enemigos: en vano el exarca de Constantinopla da á la república romana el título degradante de ducado bizantino; los Papas no se apartarán de los griegos de Constantinopla hasta que tengan otro aliado mas poderoso en los francos. Por de pronto, con que los longobardos se hayan hecho católicos, por recaer la corona en Ariberto, consíguense grandes ventajas para el establecimiento definitivo y la consolidacion rápida del Pontificado en Italia. Frente á frente de Pavía, por testamento de Ariberto que divide el reino entre sus hijos, surgen Milan, la ciudad romana, la ciudad católica, la ciudad donde se convirtió San Agustin, donde habló San Ambrosio, donde mandaron obispos que pudieron competir en poder y santidad con los obispos de Roma. Y se ve que las ciudades militares alzadas por la conquista bárbara en contra de la Ciudad Eterna, no resisten al poder espiritual de las ideas; que las divisiones territoriales han de amoldarse á las divisiones eclesiásticas; que mientras la autoridad se concentra y fortalece cada dia mas en el Papa, sus dos reinos rivales vense divididos entre sí con divisiones irremediables y amenazados de una guerra interior continua que allana el camino y entrega la victoria decididamente á sus enemigos externos: obra todo de la habilidad pontificia que ha recibido por juro de heredad el genio político de la antigua Roma.

Y en cuanto el reino longobardo se debilita, puede el Papa ya impune-